

Cuentos del paraíso de las islas

06-1.1

EL ASCENSO DEL SELLA
Hacia un programa ideal para un rector

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09-01-2023
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu

Cuentos del paraíso de las islas

06-1

EL ASCENSO DEL SELLA

06.1.- Hacia un programa ideal para un rector

1.6. La muerte del cantante punki Picoletto.

INDICE:

1.- HACIA UN PROGRAMA IDEAL PARA UN RECTOR.

- 1.1. El rector Juan Bravo interpreta encuestas docentes con el método paranoico-crítico.
- 1.2. El encuentro de Juan Bravo con el emperador Marco Aurelio.
- 1.3. Juan bravo y sus asesores; Antón Dolores, el último teólogo.
- 1.4. "Y usted qué opina del aborto de las gallinas".
- 1.5. Juan bravo y sus asesores; Borondón el Babilónico o el Antiguo.
- 1.6. La muerte del cantante punki Picoletto.
- 1.7. Despedida del rector J.B.; un concierto de rock.

2.- EL ASCENSO DEL SELLA

- 2.1. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.
- 2.2. Hacia el mar por el mirador del Fitu, tras el juego de los abalorios.
- 2.3. La fuente del infierno en el puerto del Pontón.

Fin

06.1.- HACIA UN PROGRAMA IDEAL PARA UN RECTOR

1.6. La muerte del cantante punki Picoletto.

Juan Bravo sabía que debía protegerse y para ello recurrió a un número reducido de chavales para tener a su alrededor, de los que conocía de más tiempo atrás; y ahí el informático Tutifruiti fue una vez más el coordinador. La esencia misma del Consejo Mundial de Estudiantes, facilitado al máximo por Juan Bravo desde su presidencia del de Rectores, se la podía presentar Tutifruiti desde su sillón de mandos, casi de nave espacial por la complejidad de los tableros y de las lucecitas, de una hora para otra. Y en la compleja red sanitaria que fue preciso poner en pie para la operación Ulises, la enfermera trillada en servicios de guardia nocturnos en una gran ciudad que era Lilita, se convirtió también en otra cúspide de la coordinación. Los "viajes de conocimiento y de contactos" no hubieran podido tener lugar sin aquellos dos elementos, el Tuti y la Lilita, que en los macro-conciertos que distraían a la gente tras las agotadoras comisiones y trabajos diversos parecían perder el control de sus mentes en brazos de la música; el Tuti se conocía a todos los técnicos de sonido de los grupos y la Lilita a prácticamente la totalidad de la gente que sabía de percusiones, bateristas o maraqueros, derbukeros o bongueros.

Hubiera sido fácil integrar también en este equipo al Fitipaldi y a la Charo, pero J.B. prefirió no forzar la máquina de la privacidad - tuvo que ingeniarse no pocas excusas, a veces surrealistas casi, para mantenerse alejado - y optó por eso, mantenerse alejado y alejarlos a ellos en un tiempo en que tanteaban organizar su vida en común como una pareja al uso. Espléndida experiencia, por lo ilusionados que estaban.

Quien le desencadenó el primer alboroto fue una linda cantante post-punky de pelo colorado y que había sido, al parecer - ella se lo recordó entre risas la noche de la presentación -, alumna suya un par de años atrás. La docencia no daba para más, sobre todo en tiempos de paro, con contratos casi esclavistas; la música no se le daba mal, y terminó enredándose con otras compañeras de ensañanza media para revivir su viejo sueño musical de adolescentes. La programación de los viajes de conocimiento y de contactos y la Operación Ulises las lanzaron al estrellato: "Las Brujas Atómicas y sus escobas ecológicas". Eran toda una sensación. La chica padecía unas alergias a no sabía qué, y las medias negras de rigor que solía utilizar le producían unos escozores tremendos en los muslos y las pantorrillas, y su ex-profesor se descubrió enternecido ayudándola a quitarse las medias finísimas de cristal antes de negarse en redondo a seguir hacia adelante, se creía que con cama incluida en el hotel común, aunque fuese una ex-alumna y por lo tanto liberada de los falaces "argumentos de autoridad" que tanto les había intentado desmitificar en sus cursos. Gran Seductora. Aquello, se temió, era un signo de que comenzaba a envejecer.

Otra temporada, no demasiado larga, por suerte, más inquietante aún, fue el olor corporal de un delegado estudiantil lo que le alteró durante las semanas que se mantuvo en el entorno más próximo del rector J.B., creía recordar que en la preparación de la concentración de Manila. Le fascinó su complexión física perfecta, el sonrisón y su mano poderosa. Pronto desapareció de su vista y de su imaginación, sin embargo. De aquella fantasiosa imaginación erótica - que le sorprendía como novedad por su intensidad y le

jugaba malas pasadas--, en aquellos momentos en que la plena actividad organizativa le bastaba y sobraba a su imaginación creadora, de alguna manera, aquel despertar casi indeseado parecía rogarle que no desterrara para siempre de su vida la fuerza revitalizadora del amor y el sexo.

El Tutifruti intentaba sintetizar para el rector lo más esencial de lo que había sucedido. Habían contratado al grupo de Pikoletto en un bar de carretera que tenía un jardín para actuaciones y estaban encantados. Ensayaron como leones. El Pikoletto se había atusado su más espectacular cresta, desde la base amarillo fosforito a las puntas verdes, como relucientes esmeraldas.

Eran sus nuevos colores. Destacaban sobre los negros, pardos y plateados de cueros, lonetas y remaches metálicos de su atuendo y del atuendo de los desarrapados de su grupo musical.

Y llegó la muerte. De la mano del mayor de los Bermúdez, de permiso penitenciario. De las alas - muerte alada - de cinco puñaladas, muy cerquita todas del corazón, apuñaladas por el puño del mayor de los Bermúdez, su cerebro liquidado definitivamente por nuevas inhalaciones post-infantiles venenosas, rapada al cero su cabeza al mejor estilo coco-bola.

De un niño agredido nace un agresor de niños agredidos. Todos llevan el sello de la violencia y de la muerte. Y cuando en destellos de lucidez ellos mismos perciben el horror que genera su violencia, la vuelven contra sí, en un arranque supremo de bondad, cuando les resta alguna bondad, y procuran violentamente la propia destrucción.

Habían dado un concierto breve pero contundente, y al bajar del escenario algunos compañeros advirtieron al Pikoletto y a los músicos de la presencia de los Bermúdez. Habían permanecido en la penumbra de la alameda del fondo del jardín durante la actuación. Todo fue rapidísimo. El mayor de los Bermúdez se abalanzó sobre el cantante punki y, sin mediar palabra, comenzó el frenético apuñalamiento de un Pikoletto sorprendido que se resistía a venirse abajo. En el frenesí, el Bermúdez dio un traspie y se derrumbó torpemente un par de metros más allá de donde el Pikoletto yacía tendido, los ojos abiertos y el gesto de sorpresa aún dibujado en su rostro de niño. Al Bermúdez le machacaron la cabeza a patadas y pisotones. Nadie pudo evitar nada. A nadie le dio tiempo a intentarlo. Maktub. Estaba escrito. El destino o la diosa Fatalidad. La muerte. Todos arrojaron contra la pista sus vasos y botellines de vidrio y transportaron al caído al hospital universitario.

Allí fue a donde llevaron al rector J.B. ante el cuerpo sin vida, larguirucho y delgadito, del cantante Pikoletto. Tendido sobre el mármol frío del depósito de cadáveres universitario, la crestita caída hacia un lado con restos de pintura amarillo fosforito y las puntas verdes esmeralda. Magnífico en su gesto trágico de niño sorprendido.

J.B. había conseguido no llorar entonces, a pesar de lo agobiante de la emoción, y en el jardín del hospital universitario, hermosa la gran luna de mayo, cuando se disponía a subir al automóvil rectoral, una vocecita de niña acongojada le sorprendió.

- ¿Rector Juan Bravo?

- Sí, dígame.

Uno de los encargados de la seguridad de J.B. se había acercado con prontitud, pero un gesto del rector lo contuvo.

- Soy la novia del Pikoletto - se apresuró a presentarse la casi niña, desgredada y llorosa a la luz amarillenta de las altas farolas del aparcamiento hospitalario.

J.B. tragó saliva e invitó a la muchacha a subir al automóvil rectoral. Faldita negra ajustada y mallas también negras, cinturón con remaches metálicos y una chupa ligera de loneta parda no disimulaban su cuerpito aún de púber.

- Por favor, la acompañaré a su casa.

La niña se le echó al cuello y lloró en su hombro unos instantes antes de subir al vehículo.

Siempre que J.B. intentó reconstruir los retazos de aquella noche de mayo, el regreso a casa en compañía de la novia del Pikoletto, nunca consiguió precisar qué parte del relato había nacido como fruto de las confidencias de la niña Susi - así se llamaba, hermana menor del batería Truski-, qué parte de sus asociaciones paranoico-críticas desencadenadas. Pero lo que sí sabía era que en aquel corto recorrido nocturno en automóvil se habían reconstruido en su cerebro los retazos biográficos elementales que un día habían conformado al cantante punki, ya pura deconstrucción vital o desaparición de la individualidad o pérdida de la memoria o qué.

Nunca consiguió olvidar los ojos hermosísimos de Susi, brillantados por el llanto contenido, ojos enrojecidos y vivísimos, a la luz de reflejos nocturnos de semáforos, altas farolas y señalizaciones luminosas y móviles - en una ocasión una ambulancia que hizo estremecer a la muchacha - que circulaban en sentido contrario. Tiempo detenido. Espacio de paradojas. Pikoletto le había dicho a la Susi que confiara en el rector J.B.: a pesar de su pinta de viejo, era el único que le había dado pistas - así había dicho, reconoció la chica recordar ante la insistencia de J.B.-- para interpretar sus propias canciones. Susi no sabía qué había querido decir su novio muerto con aquellas palabras, pero a J.B., una vez más en aquella noche terrible de mayo, se le hizo un nudo en la garganta que dicen.

Disculpa de amanuense. La fatiga y un casi disgusto por la historia. Tal vez deba pedir el relevo.

De perfil, la frente apoyada levemente en el cristal de la ventanilla, la niña Susi, antes de descender a la puerta de su casa en la periferia de la ciudad, confió a J.B. una vaga sospecha: no sabía si podía tener en su vientre un niño de su novio muerto. El relato entrecortado de la muchacha le había ido sugiriendo al rector que podía estar naciendo un

pequeño nuevo mito con aquel posible hijo del cantante punki. Hasta que, repentinamente, captó la hondura de la ignorancia y el abandono. Susi, más que referirse a un embarazo tras una relación sexual plena, le estaba evocando su primera hemorragia vaginal (?), su primera regla, días atrás, que ella había relacionado con la cita prevista con su novio para aquella misma noche después del concierto, cita en la que - Susi se lo dijo al rector con inocencia - el chico iba a ayudarla a deshacerse de su virginidad. J.B. la debió mirar con gesto de sorpresa, pues la chica quiso explicarse: "Teníamos miedo a que, si yo seguía virgen, el niño no podría salir y se ahogara dentro de mí".

Era enternecedor. El mito de la purísima concepción de la virgen de manera infantil narrado, el misterio que nadie aún - parecía mentira en un mundo de tantísima información, aunque tan fragmentada - les había logrado explicar convincentemente al parecer, el misterio que nadie les había desvelado, en el que nadie ni nada les había iniciado aún. Un Pikoletto doncel y una virgen Susi que pretendían que su santo amor era suficiente para reproducirse y hacerse perdurar. Las zapatillas deportivas de Susi al alejarse, amarillas y verde fosforito, contrastaban con el pardo/negro de su sobria y justa vestimenta. Un guiño: los nuevos colores que comenzaba a adoptar el novio cantante como propios, comenzaban también a ser adoptados por su amada, tal vez imperceptiblemente. Al rector J.B. le llegó el sueño aquella noche terrible de mayo con una sonrisa en los labios.

Al despertar supo que no debía hacerse narrar la muerte del Pikoletto hasta después. Telefonó al Babilónico y a Antón Dolores, sus asesores personales más valorados. "Dejad que los punkis se acerquen a la Universidad". J.B. sonrió socarrón: el lenguaje de siempre, simplificado hasta la exasperación. "Porque de ellos es el futuro". Futuro: mitología para-religiosa. Si no paranoica a secas. Perfecto para operar con ella, para convertirla en algo operativo.

Cuando esa mañana entró como un huracán en el Departamento de Informática, Anselmo sonrió: una nueva campaña de "marcha", como decían los chavales más jóvenes, se avecinaba.

- Informes sobre fracaso escolar.